

La situación actual reafirma, cada vez más, las preocupaciones que se han extendido entre los pensadores. El desarrollo y la historia de nuestra civilización manifiestan una constante separación entre el ser humano y la naturaleza. Los efectos de esta separación amenazan ya las condiciones fundamentales para la vida en este planeta. El afán de “transformar” la naturaleza ha alcanzado extremos fatales en todos los aspectos de la vida cotidiana.

Por otro lado, hablando de la creación intelectual, desde el mismo ángulo retrospectivo nos percatamos de una situación de múltiples direcciones especulativas que ya se han desarrollado en verdaderas teorías tan diferentes entre sí que, después de todo, sólo queda una gran confusión, mientras el tiempo para conocerlas y entenderlas se vuelve insuficiente. Además, si acaso mencionamos aquí la influencia y los cambios de perspectivas que causa en la mente del hombre el contacto con los medios de comunicación electrónica, las cosas se tornan desconocidas y oscuras.

Si proseguimos por este camino de preocupaciones por la condición y el destino de la investigación y la creación humanas, nos toparemos, también, con el gran error de la filosofía occidental que

* Profesora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco

durante siglos fomentó la idea de que por medio de la interpretación es posible la comprensión de lo real. Este método equivocado llevó a la dualidad de la integridad del hombre por un lado y, por el otro, a la división entre los conocimientos científicos y humanistas. Actualmente, la ciencia está al servicio de la tecnología y de las sociedades que pueden financiar las investigaciones y que posteriormente se vuelven dueñas de sus logros. Mientras, las letras humanas se subordinan al desarrollo y progreso económico de las sociedades y obedecen a las leyes de demanda: surgen las obras como productos de la necesidad artificial de consumo intelectual.

Y en última estancia, ya podríamos hablar sobre la muerte de la palabra. El psicólogo P. Fernández lo expresó así:

En efecto, hoy día, la gente es cada vez más analfabeta y menos comunicativa, por un lado, va a la universidad para aprender programas de computadora aplicados a la administración de empresas, esto es a la fabricación de dinero sin producción de bienes, y se retira harta de las clases de filosofía, latín, retórica, historia y literatura, porque ahí nada más se aprende palabras, de modo que ya ni profesores existen. (*La afectividad colectiva*, 2000:12-13).

Diríase que la cuestión de cómo seguir viviendo en este caos se volvió urgente y que el seguir tratando de pensar y crear (si es que uno tiene la suerte y las posibilidades), es casi una suntuosidad. Los atrevidos resultan ser los últimos vestigios de la época de los héroes. No tengo la intención de escribir sobre Arreola como un héroe. Ni siquiera quiero hablar como es la costumbre, acerca de su vida y su obra. Quisiera reflexionar un poco sobre los grandes temas generales, tratados por Arreola y que, de igual manera, me inquietan a mí. Esto es muy difícil de hacer en el tiempo actual. Se trata de la humanidad, el amor y la literatura. Juan José Arreola fue mi gran maestro. Nunca lo conocí personalmente, ni conozco su vida (siempre me ha faltado este tipo de curiosidad). Sin embargo, el primer libro que leí en

español fue *La palabra educación*. No era fácil de leer, al contrario: si quería traducir uno que otro pensamiento, no lograba un estilo tan directo, sencillo y al mismo tiempo con un peso particular, de pocos colores, pero claros. Además, la sabiduría con que cuentan estos textos, más bien, la brillantez con que Arreola comprende al hombre y su realidad, era mi propio descubrimiento de América. Pensaba y sigo pensando que con este pequeño libro se puede cambiar el mundo. Me referiré a algunos pasajes de este libro para exponer mi visión de estos temas.

¿Cómo se estará feliz o, por lo menos, tranquilo viviendo en un mundo amenazado por la contaminación ambiental, en medio de enormes desequilibrios económicos y las guerras destructoras? Nuestra realidad es una pesadilla que rebasa el grado del terror de cualquier ficción: el tiempo como si tomara otra dimensión y leer los libros para muchos es difícil o hasta imposible. Además parecería imprudente poder estudiar las obras literarias mientras mueren decenas de miles de niños al año: “Aunque no conozco los planes de la Creación, la etapa de destrucción del hombre es mucho más de lo que Dios había presupuesto. Y la contaminación del ambiente no es sólo de carácter material”, (*La palabra educación*. 1973, p.14).

¿Cuál es destino de la literatura y de otras obras de espíritu, como los llamaba Arreola? Las universidades son los únicos y últimos lugares donde la noción de literatura conserva su significado clásico, pues en términos generales para muchos se ha vuelto una aburrida disciplina académica que, francamente, no tiene las condiciones ni mucha razón de ser. Ahora, ser maestro de literatura es algo que a veces provoca una sonrisa bastante desagradable, o hasta humillante. Además, si la mayoría de los jóvenes que hoy están en las universidades saben que pueden quedarse sin empleo, en un futuro no muy lejano —según las estadísticas, habrá 10 millones de jóvenes sin siquiera acceso a los estudios superiores—, no es extraño, entonces,

el desinterés por la literatura. Pero, las universidades siguen existiendo y además:

Nadie puede dar en un año un curso de literatura universal y nadie puede tampoco seguirlo con provecho. Más que el conocimiento "científico" de la literatura, debe importar el amor y el entusiasmo por sus obras. En vez de memorizar una larga y compleja historia (cuyos periodos sólo estarán vigentes durante los exámenes), el estudiante debe conocer a fondo diez o doce obras fundamentales. El maestro debe proponerse aunque el joven se acerque a ellas sin respeto y sin desdén. El maestro debe comunicar su personal deleite de lector, ilustrar el estudio con metáforas, hacer del curso mismo una obra literaria llena de animación y movimiento, de acción y fantasía. (*Ibid.*, p. 127).

¿Cómo relacionar, reconciliar la intimidad de un diálogo entre dos personas físicas y las formas, universales, por cierto, pero abstractas, de la comunicación electrónica que tiende a sustituir la primera? No encuentro una respuesta esperanzadora. La grave situación de nuestra realidad se impone inevitablemente. Además, la insignificancia del ser ante un problema de tal magnitud y la imposibilidad de resolverlo apaga el afán y el entusiasmo y yo, como los demás, estoy perdiendo el criterio y no sé si conformarme o seguir luchando. Sin embargo, la capacidad de Arreola de descubrir lo obvio, la lucidez que manifiesta al indicarlo, nos proporciona una respuesta tranquilizadora ante esta situación confusa. Él dice que si la computadora sabe y tiene una memoria infalible acerca de todo lo que la hemos hecho saber, entonces el hombre es la memoria de sí mismo:

Desde que nace, comienza a programarse con los datos de la experiencia. Tiene más personalidad aquél que menos olvida. Porque estamos hechos de recuerdos. De lo que hemos vivido y de lo que aprendimos de los demás, ya sea en el trato vivo o en los libros. Somos un repertorio de vivencias y superamos con mucho la capacidad de un cerebro mecánico, por más electrónico que sea. Y la inteligencia no es al fin de cuentas sino la capacidad, debidamente ejercitada, que todos tenemos para responder con los datos del pasado, al estímulo, a la pregunta que se nos hace en el presente. (*Ibid.*, p. 57).

No podemos detener los procesos negativos que conducen a la destrucción y que genera el progreso tecnológico, pero la vida misma es progresiva, avanza a pesar de todos los obstáculos que la razón analiza, y si ya no es posible enfrentarse a estos procesos se pueden buscar otros modos de conocer y valorar lo que somos. Arreola lo dijo hace mucho y con su sentido sorprendentemente común. Así, es muy significativa la siguiente observación: "Se necesita que ya no haya líderes importantes ni dirigentes de multitudes, sino que cada hombre sea capaz de conducirse por sí mismo, como el que puede arreglar sus negocios con el más allá." (*Ibid.*, p. 18).

En este tiempo caótico del mundo, la era tecnológica representa un cambio del punto de vista en todos los campos que hasta algunos decenios eran sólo diferentes ramas científicas del conocimiento humano. En los estudios literarios, de los que estoy más enterada, Terry Eagleton se dio cuenta de este cambio de perspectiva. En los estudios políticos, económicos y sociales es N. Chomsky quien cuestionó el cambio de la moral. En México, el ya mencionado psicólogo P. Fernández en su libro (muy bien equipado con las notas que permiten conocer las investigaciones más especializadas y actuales del campo) habló de la función de las formas artísticas como otro modo de conocer lo que no se puede conocer por medio de la razón. En los periódicos frecuentemente he encontrado entrevistas y artículos, muy significativos en cuanto esta preocupación por el destino de la vida en general, y de la mía también. Estas opiniones se caracterizan no por su optimismo o esperanza, sino por, una vez más, el sentido común. Y, aunque tampoco éste es eterno ni universal y cambia según periodos históricos del tiempo, conforma una fuerza de muchas voluntades.

Desde las posiciones de los estudios literarios, quisiera plasmar una postura ante las investigaciones literarias de la que Arreola se dio cuenta mucho antes que Terry Eagleton y que coinciden con

pletamente. En este sentido aprovecharía esta excelente oportunidad para citar las palabras del maestro:

Profeso un sagrado horror a la inteligencia y la razón. De mí todo ha salido del reino de las intuiciones y me declaro un irracionalista, porque lo irracional es una forma más profunda o más alta de lo racional. Lo único que vale en la vida es lo que brota de esa zona secreta. Hay personas que pueden apropiarse de una cantidad de pensamiento ambiental o que tienen la capacidad de recoger dentro de la propia experiencia la experiencia ajena. La intuición es el recuerdo, que todavía no vivimos, es *déjà vu* psicoanalítico, lo que creemos ya visto o conocido (al entrar a una casa nos parece que estuvimos ya allí). Pero en nada me uno al ocultismo ni a los fenómenos parapsicológicos (*Ibid.*, p. 28).

Las obras literarias se leen en primer lugar por placer. Ha habido muchos e importantes resultados de las investigaciones dentro de la historia y la crítica literaria. Estos logros pasan a ser la parte del patrimonio cultural nacional. Pero, cualquier análisis estructural de una obra o una investigación teórica, es inevitablemente de carácter académico, es decir, de naturaleza puramente intelectual. El descubrimiento o la descripción del carácter “placentero” de la literatura, no necesariamente es de carácter científico o cognitivo. En este sentido, más importante sería hacer ver o ser más consciente de lo que pasa al disfrutar la lectura de, por ejemplo, un cuento. Así los resultados y los logros de diferentes teorías literarias obtienen una nueva razón de ser: la pregunta es ¿dónde y cómo en el texto se da esta experiencia de la lectura? Tomando en cuenta el carácter plurisemántico del texto literario, éstos representan los puntos de partida más apropiados al emprender una reflexión acerca de las lecturas literarias. Para plantear o responder a estas preguntas pueden ser necesarios los conocimientos y los logros de los estudios literarios obtenidos en el transcurso de toda la historia, desde los antiguos griegos hasta el llamado postmodernismo. Se trata de los conoci-

mientos de un profesor de literatura, indispensables, no para la enseñanza de los mismos, sino como una herramienta para guiar al estudiante en la conceptualización de su propia experiencia, o placer literario. Todo esto Arreola lo dice de manera mucho más sencilla y elegante: “Hay momentos en que se puede capturar el neblí más disuelto en el cielo, y para eso la inteligencia no sirve. La inteligencia sólo sirve para administrar, elaborar o fijar esencias que se escaparían si no se las aloja bien en términos de lenguaje. (*Ibid.*, p. 154).

Finalmente, lo que quiero decir es que la literatura ofrece diversos goces. Todas las lecturas que me regalé desde que aprendí a leer hasta ahora, me han facilitado y ayudado de alguna manera a vivir. Estoy convencida de la gran importancia que en estos tiempos, más que nunca, tiene la lectura de las bellas letras. Y, como aún puedo decir que amo a la vida, aunque a ratos sea amarga, deseo compartir esta experiencia con los demás:

Si el aprendizaje ritual no es admisible ni siquiera para las ciencias y las técnicas, la literatura nos ofrece la oportunidad de ensayar un procedimiento nuevo y antiquísimo, que tal vez pueda influir en los métodos generales de la transmisión del saber. Me refiero a la restauración, a la reanudación del diálogo verdadero entre el que trata de aprender y el que se propone alentar esa voluntad de conocimiento. Aquí es inevitable recordar al maestro callejero, ilustre por su vida y por su muerte, que hacía crecer sus pensamientos en las mentes ajenas, mediante las provocaciones de una dialéctica sutil. En vez de implantar autoritariamente un conocimiento, le gustaba verlo surgir en su interlocutor, casi espontáneamente, porque él mismo no estaba seguro de la bondad de la semilla que había dejado caer en el surco, sino cuando la veía florecer en bellos y ajenos pensamientos (*Ibid.*, p. 141).

El joven Arreola, también tenía un deseo muy auténtico:

En varias etapas de mi vida pensé en meterme a la cárcel para realizar una obra de carácter social, ayudando a todo un grupo de personas a sobrellevar su situación. A veces me tienta poderosamente meterme a un

hospital, un sanatorio, y trabajar de enfermero. Mientras yo leyera podría acompañar al enfermo a la cabecera de su cama. Mi capacidad para conversar ayudaría también a sobrellevar su dolencia, y podría ser lector en voz alta en una sala general.

Hacia los veinte o veintún años pensé irme a vivir a un burdel, si no como zángano, sí como una persona que canjeaba a todo el mundo por esa casa y convivía con las mujeres. Sería una fuente extraordinaria de experiencia, un poco de bar, de salón de baile. Viviría yo con aquella gente que va en busca de placer y que vive en forma tan curiosa que hace que el lugar se parezca a la cárcel y al hospital, y al monasterio con todas aquellas reclusas. En esta idea temprana de mi vida sería yo como un consejero, un médico espiritual (*Ibid.*, pp.74-75).

Sobre la literatura se ha hablado siempre y desde muchas posiciones. En todas esas ocasiones se trataba de decir algo interesante o importante acerca del arte de crear con las palabras. También, siempre quedaba mucho que no se podía aprehender. Esta vez yo intenté relacionar la literatura en general con la condición humana. Arreola es un escritor, un pensador, un maestro, un actor y todo lo que se puede encontrar en su biografía. Sin embargo, me parece más importante mencionar que Arreola es una persona y por esta razón no me interesé en escribir acerca de su obra. Él es de los que necesitan de otros, por eso se preocupan por los demás. La vía elegida por Arreola para ayudar a los otros, es la palabra escrita; a través de ella cura los males que aquejan al hombre; su escritura ofrece la esperanza y el aliento para seguir luchando por la existencia. La originalidad por la que se distingue su obra literaria es sólo una imagen de su gran personalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Arreola, J. J. (1973): *La palabra educación*. México, Sep/Setentas. p. 173.
- Eagleton, Terry (1998): *Una introducción a la teoría literaria*. México, FCE. p. 291.
- Fernández Christlieb, P. (2000): *La afectividad colectiva*. México, Taurus. p. 208.
- Chomsky, N. (1996): *Política y cultura a finales del siglo XX*. México, Ariel. pp. 119.